

Juan Diego Zabala Duque

CRÓNICAS DEL HERRERO

LIBRO I

FRAGUAS DE TORMENTA

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Elisa Estévez

© 2019, Juan Diego Zabala Duque
© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8112-8
ISBN 10: 958-42-8112-7

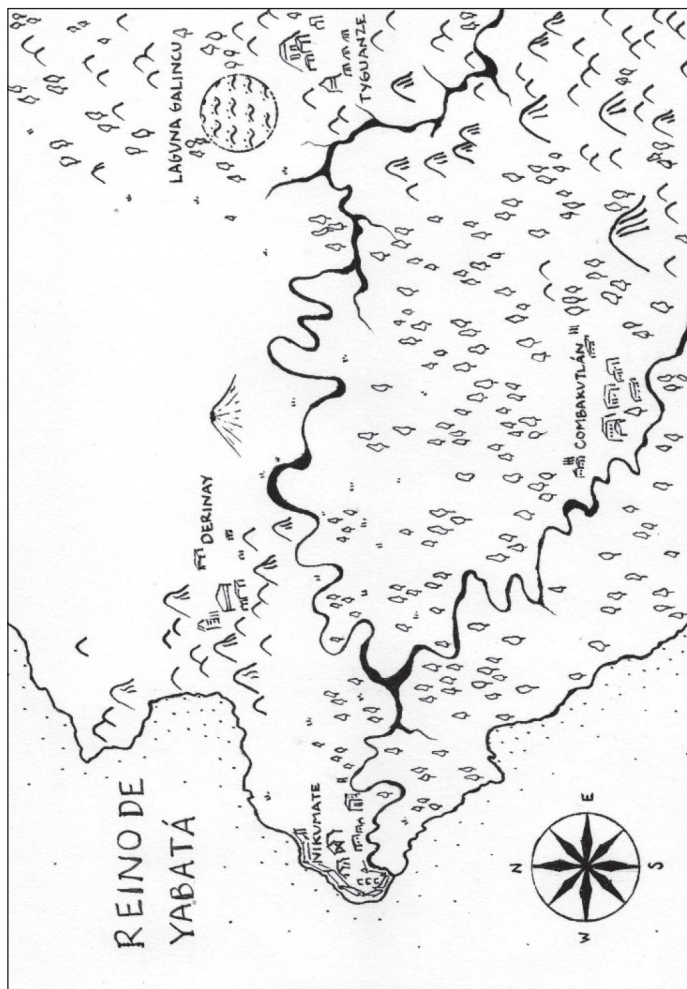
Primera edición impresa en esta colección: septiembre de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A mis padres, por su apoyo constante. Las palabras no me alcan-
zan para decirles cuánto los amo y cuánto me inspiran.
A mi hermano, por su interés interminable, y por empujarme y
mantenerme dentro del camino siempre que fue necesario.
A Liliana Bodoc, por sus palabras llenas de poesía y de la magia
de nuestros ancestros. Por el legado que dejó en la literatura fantás-
tica latinoamericana y en mí.
El viaje apenas comienza.*





FUGITIVOS

■ ¡Zolken, despierta!

Zitlik sacudía el hombro del Herrero con insistencia.

Debía aprovechar la oscuridad de la noche para escapar de Nikumate. Al amanecer descubrirían su celda vacía y no tardarían en asegurarse de que había abandonado la ciudad. Su rumbo sería adivinado de inmediato. Para cuando eso pasara, debía encontrarse lo más lejos posible.

—Capitán, ¿qué sucede? —preguntó Zolken, tapándose los ojos con la mano ante la vela que Zitlik llevaba consigo. Apartó la manta de algodón y se sentó sobre el suelo.

—Debo partir de Nikumate ahora y no tengo mucho tiempo. Necesito tu ayuda, ven conmigo —Zitlik hablaba en voz baja lo más rápido que podía.

—¿A dónde? —La voz de Zolken había perdido todo indicio de somnolencia.

—Te explicaré cuando salgamos de la ciudad. ¡Rápido, no hay tiempo!

Zolken frunció el ceño. Zitlik no era el mismo desde que abandonó el entrenamiento en la Herrería y se convirtió en capitán del ejército nikume. Nunca se comportó así durante los años que fue su aprendiz.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Zitlik oyó la comprensión en su voz. Zolken lo miraba con ternura y tristeza. No había manera de resistir aquellos ojos grises.

—Nikumate ya no es mi hogar. Hace años que dejó de serlo.

Zolken escuchó el rencor en la voz de Zitlik y sintió una punzada de dolor. Recordaba al joven heredero al trono cuando llegó a la forja años atrás: alegre, gentil, lleno de potencial; y le entristecía verlo convertido en un hombre lleno de rencor y marginado por los suyos. Los Herreros presidían el culto a Kumanoa, Padre de los hombres, y su labor duraba toda la vida. No solo se encargaban de trabajar el metal, sino que también seguían un código estricto que ordenaba la comunión con la naturaleza, la protección de todas las criaturas y el deber que tenían como herederos de Kumanoa de preservar la vida humana. Tenían prohibido poseer tierras y casarse. Su dedicación debía ser exclusiva.

Por esa razón Zitlik había abandonado su entrenamiento: había conocido a una mujer, deseaba casarse con ella, recuperar su derecho al trono de Nikumate y gobernar a su lado. Abandonar el entrenamiento había sido una afrenta a todas las leyes del Código y, por ello, Zitlik había perdido el respeto de todos los nikumes. A donde fuera era visto como un desertor, un hombre egoísta al que no le importaba poner sus propios deseos sobre las leyes divinas, y esa era una mancha de la que nunca podría librarse. Zolken sabía que era él quien debía despreciar a Zitlik más que nadie, pero no podía hacerlo. Incluso, aunque ya no fuera su aprendiz, Zolken seguía preocupándose por él.

—No digas eso. Nikumate sigue siendo tu hogar, sin importar lo que hayas hecho.

—¿De verdad lo crees? Desde el día en que dejé la forja me han tratado como un paria. Como si mi mirada contagiara la peor de las enfermedades. ¿Crees que no he notado cómo me tratan mi hermano, mi padre, incluso los hombres bajo mi mando? ¡Me repugnan! ¡Se creen mejores que yo, como si estuviera mendigando por su aprobación! —Zitlik no pudo evitar elevar su tono de voz conforme la frustración se iba apoderando de él—. Pues bien, no los necesito. He encontrado un lugar donde recibo el trato que merezco. He conocido a alguien que ha prometido devolverme lo que nunca debieron negarme. Quenecha, Señor de Combakutlán.

—¿Combakutlán? —El nombre evocaba fuerza y peligro—. Zitlik, si tu hermano se entera te condenarán por conspirar contra la corona.

—Ya lo hizo. Esta tarde mi hermano me encerró en el calabozo. Quería obligarme a confesar mi traición frente a todo el mundo antes de ejecutarme —Zolken abrió los ojos con horror—. La vigilancia era severa. Por fortuna logré escapar de la celda.

—¿Cómo lo lograste?

—Eso no es importante ahora —Zolken desaprobó la manera en que había escapado y probablemente se negaría a ayudarlo si se enteraba—. Lo importante es huir antes de que me vuelvan a atrapar. Debo encontrarme con Quenecha.

—¿Qué piensas hacer, Kime-Zitlik? —preguntó Zolken usando el título con que se nombraba a los aprendices, sin darse cuenta.

Zitlik se levantó y le dio la espalda. Le molestaba que Zolken siguiera dirigiéndose a él como su aprendiz.

—Lo necesario para recuperar lo que me ha sido negado. Mi aprendizaje no fue concluido: aún tengo el derecho de heredar las tierras de mi padre y de casarme.

—No importa si no terminaste tu entrenamiento, ya muchas veces te lo he explicado. En el momento en que prestaste juramento ante la forja renunciaste a tu vida anterior, a tus tierras y títulos —Zolken sabía que el verdadero problema era el matrimonio. A Zitlik no le hubiera importado ser un simple pescador si hubiera podido casarse. Si tan solo nunca hubiera conocido a esa mujer...

—Ayudaré a Quenecha a terminar la guerra. Cuando Yabatá esté unido bajo su mando podré recuperar lo que es mío.

—Zitlik, tu entrenamiento...

—No va a interferir. Cuando Quenecha gane la guerra, él será Rey y me nombrará Señor de Nikumate bajo su mando. Mi entrenamiento borró mi vida como heredero al trono niku-me, pero en Combakutlán seré un hombre diferente. Seré un soldado, no un antiguo aprendiz de Herrero. No estaré atado por el Código, me libraré de la mancha del aprendizaje. Podré tener títulos, tierra... esposa —añadió esto último como si se le hubiera acabado de ocurrir la idea.

Zolken volvió a fruncir el ceño. En cierto sentido Zitlik estaba en lo cierto. Los Herreros renunciaban a su pasado. El aprendizaje era el inicio de una nueva vida dedicada a Kumanoa. Después de abandonar su entrenamiento Zitlik obedecía de nuevo las leyes de los hombres. Había perdido su vida anterior, pero ahora construía una nueva. Era la

primera vez que algo así pasaba. Por lo tanto, nadie estaba seguro de qué estaba permitido. A Zolken no le gustaba la idea de que Zitlik usara esta posición para ignorar las órdenes de Kumanoa.

—Aún no entiendo qué tengo yo que ver en todo esto.

—Debo asegurarme de que Quenecha gane la guerra a toda costa. Eres el mejor Herrero que he visto. Con tus habilidades puedes crear el arma más poderosa de la tierra. Tienes el poder de dar fin a la guerra. Te necesito, Kuma-Zolken. —Zitlik utilizó el título con que se distinguían los Maestros Herreros por primera vez después de abandonar su entrenamiento.

Zolken sabía que Zitlik intentaba manipularlo. En verdad no lo consideraba su Maestro. Quedó conmovido y desolado al mismo tiempo.

—No puedo hacer lo que me pides. Mi misión como siervo de Kumanoa es preservar la paz. Creo armas para mantener el orden, no para derramar la sangre de nuestros hermanos.

Quedaron en silencio por un instante. Zitlik agachó la cabeza en señal de aceptación. Zolken contempló su expresión miserable y sintió ganas de llorar.

—Debería llevarte de nuevo al calabozo para que enfrentaras tu condena por traición, pero no deseo verte morir. Te ayudaré a escapar de Nikumate, pero no puedo hacer nada más.

Zitlik sonrió igual que en sus épocas de entrenamiento. Zolken no pudo evitar devolverle la sonrisa, aunque sus ojos se mantuvieron apagados. Se calzó unas botas de cuero negro y caminó a un extremo de la única habitación que componía su casa. Guardó un poco de carne salada de venado, papas y tortillas de maíz en un saco que había junto a los alimentos.

Volvió al centro del cuarto circular. En el grueso pilar de madera, colgados en ganchos, había una gruesa capa de algodón y una calabaza hueca usada para almacenar vino de maíz. Estaba a medio llenar. Zolken se envolvió en la capa y entregó las provisiones a Zitlik. Apartó con una mano el trozo de cuero que cubría la salida de la casa. Miró vacilante el pilar del cuarto. Allí reposaban todas las herramientas de la fragua. Nunca salía de casa sin sus implementos de trabajo: sin importar si iba al mercado, si era día de fiesta o si solicitaban su presencia en el castillo. Las herramientas eran el símbolo del poder que Kumanoa investía en todos los Herreros. No llevarlas era desprestigiar las virtudes otorgadas por la gracia del Padre. «No las voy a necesitar», pensó, sorprendiéndose a sí mismo. Prefería que Kumanoa no lo acompañara, no estaba seguro de que aprobara lo que iba a hacer. Sin embargo, no pudo evitar el remordimiento al salir y no sentir el familiar peso del Martillo Ceremonial en su cinto.

La casa de Zolken era una de las doce que rodeaba la plaza principal de Nikumate. En el corazón de la ciudad se concentraba el comercio: la herrería, la pescadería, las tejedoras, los vendedores de maíz, los destiladores de vino y la joyería. En el centro de la plaza había una pequeña fuente de piedra con chorrillos de agua que invitaban al sueño durante la noche. Gruesas murallas rodeaban la ciudad, ocultando la vista del mar al oeste y apagando sus sonidos, algo que los nikumes agradecían.

Zitlik tomó a Zolken por el brazo y tiró suave, pero firmemente. Salieron de la plaza por el costado este, evitando las calles principales y las rutas de vigilancia de los soldados que

el propio Zitlik había diseñado tres lunas atrás. Avanzaron agazapándose contra las paredes, evitando incluso la luz de las estrellas.

Doce veces arremetieron las olas contra las murallas de Nikumate antes de que llegaran a los establos. Un soldado montaba guardia en la entrada. Las puertas de oro de la ciudad estaban a la izquierda. En cada costado había una torre con un centinela vigilando el horizonte.

Zitlik alzó el brazo para detener a Zolken. Así, ocultos entre las sombras que proyectaban los edificios cercanos, no podían verlos. Se llevó un dedo a los labios y con la otra mano se descolgó la bolsa de la espalda y sacó una cerbatana tan larga como su brazo y dos dardos que parecían abejas: con agujijones filosos y pintados de color amarillo ocre. El dorado, símbolo nikume, era muy vistoso para ser usado en las misiones de sigilo en que habitualmente se empleaban las cerbatanas. Zitlik introdujo el primer dardo y se llevó el instrumento a los labios. Durante un momento no se movió, luego sopló con fuerza y el guardia de los establos cayó de inmediato sin hacer ruido.

Zitlik actuó en menos tiempo del que tomó a Zolken reconocer el arma: un veneno tan letal que solo se usaba en situaciones extremas, cuando ni los prisioneros ni los rehenes eran necesarios: los músculos se paralizaban en menos de un parpadeo, los pulmones no podían retener el aire y la víctima moría de forma lenta y silenciosa. El efecto era inmediato. No podía creer lo que estaba pasando.

Apenas el soldado tocó el suelo, Zitlik avanzó con la agilidad de un pez en el agua. El guardia, con sus manos, se

aferraba con fuerza a una lanza con punta de cobre. Zitlik tomó la lanza y la clavó en la garganta del soldado. Debía darse prisa, en poco tiempo llegarían los relevos de los centinelas y, para cuando eso pasara, ya debía haber salido de la ciudad.

Zitlik entró a la torre más cercana. Se encontró con unas escaleras estrechas. Subió con el sigilo de un jaguar. Una trampilla daba acceso a la cabina de vigilancia. Zitlik asomó la cabeza. El centinela le daba la espalda; tenía la vista fija en el este. Se acercó lentamente apoyándose en la punta de los pies y desenvainando el cuchillo que le colgaba del cinto. Cuando se encontró detrás de él, le tapó la boca con una mano y con un movimiento rápido le cortó la garganta. La sangre empapó las manos y las mangas de Zitlik y, cuando el soldado cayó al suelo, también empapó la punta de sus botas. Tomó una antorcha y envió un mensaje al otro centinela, le pedía que las puertas se abrieran lo suficiente para dar paso a un explorador. En ambas torres se encontraba el mecanismo de las puertas. Zitlik comenzó a girar el que tenía a su lado.

Hubo un leve destello cuando las hojas doradas de las puertas se movieron y reflejaron la luz de la luna llena. Había una abertura lo suficientemente ancha como para que pasara un hombre montado a caballo. Zitlik volvió a llevarse la cerbatana a los labios. Al norte, apenas visible a la luz de la luna, estaba la otra torre. Una silueta borrosa le indicaba la posición del último centinela. Zitlik esperó un momento, calculando la distancia y la fuerza necesarias. Disparó el segundo dardo. La silueta desapareció tras el parapeto de la torre.

Satisfecho, Zitlik bajó al encuentro de Zolken. El Herrero estaba arrodillado junto al guardia del establo. Había retirado

la lanza de su garganta antes de taponarle los ojos con la mano, recitando la despedida de los muertos. No vio en qué momento se abrieron las puertas, aunque al ver las manos ensangrentadas de Zitlik comprendió lo que había hecho.

La consternación dio paso a la ira. Mientras Zitlik fue su aprendiz, Zolken le enseñó las leyes más importantes del Código del Herrero: la fuerza y la delicadeza, el respeto por todas las formas de vida, el significado del trabajo en la forja; esta última era el lugar donde se mezclaban los cuatro elementos y que replicaba la manera en que Kumanoa había creado al hombre. Templar el metal y el espíritu al fuego. No esperaba que Zitlik recordara todas sus enseñanzas ahora que era capitán, pero tampoco lo creía capaz de olvidar las leyes más elementales. Sin embargo, ahí estaba la prueba: la sangre en sus manos y el cadáver a sus pies.

—¿Por qué lo has hecho?

Zitlik, más que ira, sintió una profunda decepción en la pregunta del Herrero. Hubiera preferido evitar las preguntas, por el momento. La mirada de Zolken le resultó atemorizante y desconsoladora a la vez. No había manera de resistir aquellos ojos grises.

—No tenía otra opción —dijo—. El tiempo se agota.

—Yo podría haber distraído a los guardias —dijo Zolken con severidad.

—Te habrían descubierto por la mañana. No quería meterme en problemas.

—¿Y cómo voy a explicar mañana los cadáveres?

—No tienes que hacerlo. Nadie te ha visto esta noche. No sospecharán que me ayudaste a escapar. Además, ya es hora de

que todos paguen por sus ofensas —respondió Zitlik. Zolken descubrió un brillo de satisfacción en su mirada. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Siempre hay una opción —dijo Zolken.

—A veces la opción es atacar primero, antes de que el enemigo tenga tiempo de reaccionar —respondió Zitlik.

—Esos hombres no eran enemigos, eran nuestros hermanos.

—Mis verdaderos hermanos me esperan en Combakutlán.

En ese momento oyeron pasos a sus espaldas. Se dieron la vuelta y se encontraron de frente con un soldado. Zolken reconoció al hombre, se trataba de uno de los relevos de los centinelas. El hombre los miró desconcertado por un instante. Al descubrir el cadáver en el suelo y la mirada fiera de Zitlik, trató de alcanzar el cuerno que colgaba de su cinturón. El capitán fue más rápido, de un salto cruzó la distancia que los separaba y golpeó al soldado en la cabeza. El hombre cayó inconsciente. Zitlik desenvainó su cuchillo y Zolken, adivinando sus intenciones, lo tomó del brazo mientras decía:

—¡No!, él no te ha hecho nada malo.

—No puedo permitir que me delate.

—Todos sabrán lo que has hecho cuando despierten y encuentren los cadáveres. No es necesario matar a nadie más.

—La voz de Zolken temblaba.

—¿Y qué hay de ti?, todos sabrán que me ayudaste a escapar. No podemos dejarlo con vida.

Zolken no supo qué responder. Tenía miedo de lo que pudiera pasar al día siguiente cuando lo descubrieran, de Zitlik

y su crueldad insospechada hasta aquella noche. Su situación era desesperada, pero no por ello podía dejar que sus emociones se sobrepusieran a su entendimiento. Era un Herrero, no podía romper la ley más elemental del Código. ¿Tan desesperado estaba Zitlik? ¿De verdad no se daba cuenta de lo que le estaba pidiendo?

«No le importa», comprendió, recordando al soldado que vigilaba la puerta de los establos y las manos ensangrentadas con que Zitlik había bajado de la torre. «No le importaría ni aunque tuviera que asesinar a toda su familia. Incluso es probable que ya haya considerado hacerlo. Todo por esa mujer». Aunque ella no tenía la culpa, Zolken no pudo evitar sentirse enfurecido con ella por cruzarse en el camino de Zitlik y llevarlo hacia su perdición. Zitlik haría cualquier cosa por estar con esa mujer. «No puedo permitir que se derrame más sangre».

Zitlik miró a Zolken. La expresión suplicante del Herrero era desconsoladora. Dudó un momento antes de decir:

—No puedo perder más tiempo. —Guardó el cuchillo.

Zolken miró a Zitlik, esperando encontrarse con una expresión de crueldad y sevicia. Sin embargo, lo único que descubrió en la mirada de su antiguo aprendiz fue una súplica muda. Aunque Zitlik había dicho y hecho cosas repugnantes esa noche, su corazón guardaba algo de compasión. Su mirada conservaba la pureza de antes. También había un poco de miedo en esos ojos.

«Solo está perdido. Necesita que alguien le ayude a encontrar el camino. No puedo dejarlo solo», pensó.

—Iré contigo. Tu Maestro no te abandona —dijo.

Una sonrisa, mezcla de incredulidad y alegría, iluminó el rostro de Zitlik. Entró a los establos dando grandes zancadas. Zolken lo siguió, apesadumbrado.

La mayoría de los caballos dormían. Algunos pocos seguían despiertos, y levantaron el cuello en silencio al ver entrar a los dos hombres. Llegaron al fondo de los establos. A su izquierda había dos caballos: el primero, oscuro como la tierra, pertenecía a Zitlik. El capitán no recordaba a quién pertenecía el segundo, del color de la ceniza. Decidió que Zolken habría de montarlo. Le pareció que ambos colores se disimularían en la oscuridad de la noche. Detrás de cada animal, colgadas de ganchos metálicos, se encontraban las respectivas sillas. Zitlik se encargó de preparar a los caballos para el viaje.

Montó sin decir nada más. Zolken lo imitó.

—Muéstrame el camino —añadió.

Zitlik espoléó su caballo. Salieron de los establos y giraron a la derecha. Las puertas esperaban su paso. Salieron al galope de Nikumate y Zitlik no tardó en dirigirse en dirección sudeste. El terreno ascendía pronunciadamente, y al cabo de media hora llegaron a un bosque. La luz de la luna y las estrellas se filtraba entre las ramas de los árboles, permitiéndoles ver las raíces que surgían de la tierra. Los caballos las esquivaban con pasos ágiles. Tuvieron que dar múltiples giros debido a lo cerca que crecían los troncos. A primera vista parecía que el bosque dictaba el camino, pero Zolken comprendió que Zitlik seguía un sendero descubierto tras haber hecho el mismo recorrido incontables veces. «¿Hace cuánto te aliaste con Quenecha?, ¿cuántas veces has estado en Combakutlán?», se preguntaba

Zolken, con la vista fija en la espalda de Zitlik. El capitán tenía el cuerpo pegado al del caballo.

Siguieron cabalgando gran parte de la noche. Cuando el cielo comenzó a aclarar, Zitlik se detuvo y desmontó. Le indicó a Zolken que hiciera lo mismo y guio al animal por las riendas hacia un espacio entre los árboles a la derecha. Después de un centenar de pasos llegaron a un pequeño claro.

—Los exploradores nikumes no conocen la existencia de este lugar —dijo—. Descansaremos unas pocas horas. Sin duda enviarán jinetes a atraparnos. No podemos perder la ventaja que tenemos.

¿Qué pasaría si los atrapaban? Seguramente Zitlik sería ejecutado por traición. Perdería la poca reputación que le quedaba y su cabeza. ¿Pero qué sería de Zolken? Lo encarcelarían mientras los Herreros Menores se reunían para dictar sentencia. Sería despojado de su rango. Sin la protección de su investidura, la corona, si quería, también podría ejecutarlo por traición. De lo contrario quedaría convertido en un mendigo nikume por el resto de sus días.

Decidió hablar con Zitlik al día siguiente.

«Si lo convengo de volver y entregarse le perdonarán la vida. Nadie me vería como un desertor ni un traidor. Todo lo contrario, cumpliría mi deber como Maestro. Tengo que hacerle comprender esta locura. Antes de que se derrame más sangre. Aún no es tarde», pensó.

Era una idea tranquilizadora. Sin embargo, en lo más profundo de su ser —aquella parte primigenia que se expresaba con emociones en vez de palabras y conocía a Zitlik mejor que

nadie—, Zolken sabía que se engañaba. Zitlik estaba decidido y no tendría piedad con quien se atravesara en su camino. El último pensamiento del Herrero antes de dormirse fue para las víctimas de Zitlik de aquella noche. Lamentaba no haber podido recitar la despedida de los muertos ante todas ellas.